

Notas

Ad Iesum per Mariam: Devoción Mariana y espiritualidad en las Congregaciones Jesuíticas (ss. XVI-XVIII).

I. La devoción a María en las congregaciones

Las Congregaciones Marianas constituyeron una de las aportaciones más importantes de la Compañía de Jesús al culto mariano durante la Edad Moderna¹. Se trataba de grupos de personas que, bajo la tutela de un padre jesuita, se juntaban para seguir un modo de vida que buscaba integrar la fe y las virtudes cristianas con la vida y ocupaciones diarias². El P. Pedro Ferrusola³, en su obra *El Congregante Práctico*, no puede ser más explícito en este sentido:

«El fin de estas Congregaciones es juntar con la Divina gracia, y el maternal amparo de María Santísima las letras, o otras ocupaciones del estado de cada uno con la virtud...»

Sin duda alguna, el elemento más característico era su absoluta devoción a la Virgen María:

¹ S. DE FIORES- S. MEO, *Nuevo diccionario de Mariología*, Madrid, 1993, 1371.

² C.O'NELLY (S.I.) - J. M. DOMÍNGUEZ (S.I.), *Diccionario histórico biográfico-temático de la Compañía de Jesús (T. I)*, Madrid, 2001, 914.

³ El P. Pedro Ferrusola, nacido en Olot en 1705, fue miembro destacado de la Compañía de Jesús, convirtiéndose en Doctor y Catedrático de Prima de Sagrada Teología de la Universidad de Cervera, y fue el impulsor de una Congregación de estudiantes para el gobierno de la cual publicó en 1762 *El Congregante Práctico en las Congregaciones de Estudiantes de María Santísima que con autoridad apostólica están fundadas en los Colegios de la Compañía de Jesús*. Imprenta de Juan Nadal, Barcelona.

«...son unas Juntas, que en honra de María Santísima, con profesión voluntaria, que hacen sus individuos o Congregantes de reconocerla especialmente por Madre, están establecidas a mayor gloria de Dios en aquellos colegios...»⁴.

Para los jesuitas, la piedad mariana constituía uno de los itinerarios más rápidos y seguros para llegar a Cristo, de hecho, el propio San Ignacio de Loyola atribuía su obra a la inspiración de la Virgen, y en sus *Ejercicios Espirituales* son más de treinta los contextos que mencionan a María⁵. Por lo tanto, la entrega a la Madre de Dios suponía un camino hacia la salvación. El P. Ferrusola lo justifica basándose en las Sagradas Escrituras y en la Patrística:

«Y de la devoción de María Santísima lo significa varias veces la Escritura, como quando Dios dice a esta Divina Señora, que eche raíces en sus Escogidos (Eccli. 24. *In Electis meis mitte radices*); y quando ella misma dice de sí, que el que la encontrare, encontrará la vida (Prov. 8.) *Qui me invenerit, invenit vital*; y que el serla avers, es señal de muerte: (Ibid.) *Omnes, qui oderunt me, diligunt mortem*. Y explican, y confirman lo mismo todos los Santos Padres con singularísimas ponderaciones. San Agustín, San Athanasio, San Epifanio, y San Pedro Chrisólogo con varias explicaciones dicen, que ella, y no Eva, es la verdadera Madre de los vivientes. San Juan Crisóstomo, que siempre María va delante en los negocios de nuestra salud: (Serm. 116). *Semper Maria humanae praevia salutis*. San Juan Damasceno, que el ser devoto de ella, son las armas, que Dios da a los que quiere salvar: (Orat. De Annunciat.) *Devotum tibi esse arma salutis sunt, quae Deus illis dat, quos vult salvos fieri*. San Germano, que ninguno se salva sino por ella: (Orat. De Zona) *Si tu nos deserveris, quidnam de nobis fiet? Nullus est qui salvus fiat, nisi per te, o Sanctissima*. San Bernardo, que es ordenación establecida de Dios, que todos los bienes los alcanzemos por María: (Serm. De Nat. Virg.) *Sic est voluntas eius, qui omnia nos habere voluit per Mariam*. Y con semejantes expresiones hablan los demás Santos Padres. Entre los cuales San Anselmo, San Buenaventura, y San Antonino casi con los mismos términos llegan a afirmar, que assí como es necesario, que el que no es devoto de María Santísima se pierda, assí es imposible, que el que le es verdaderamente devoto, se condene...»⁶.

Como señala el P. Antonio Barruffo, el hecho que la primera de estas comunidades se consagrara al misterio de la Anunciación contenía un significado teológico que inspiraba la espiritualidad apostólica de las Congregaciones Marianas: la Virgen de la Anunciación, al aceptar ser la madre del Salvador en un acto de plena disponibilidad a Dios, hacía posible la redención de los hombres y del mundo, por tanto, los congregantes encontraban en ella el modelo de su misión

⁴ P. FERRUSOLA (S.I.), *El Congregante...*, ed. cit., 5-6.

⁵ S. DE FIORES-MEO, *S. Nuevo diccionario...*, ed. cit, 1934.

⁶ P. FERRUSOLA (S.I.), *El Congregante...*, ed. cit., 23-25.

específica, a saber, ponerse al servicio de Dios con el fin último de santificarse a sí mismos y al mundo que los rodeaba⁷.

Este fervor de las Congregaciones a María fue también fruto del profundo carácter religioso del contexto histórico en que aparecieron. La época en que estas hermandades comenzaron a fundarse fue el momento de la Contrarreforma y del Barroco, caracterizados, como todos los períodos de revitalización religiosa, por un carácter mariano que desarrollaba una más profunda e interior vida espiritual. La veneración a María fue una de las advocaciones incorporadas desde mediados del siglo XVI, en una época donde los hombres, ante tantas calamidades, buscaban su protección en la Virgen como intercesora de los pecadores ante su hijo⁸, y la Compañía de Jesús no fue ajena a esta realidad, fomentando su culto por medio de dichos institutos.

Por otro lado, no podemos olvidar el contexto de enfrentamiento entre la Iglesia Católica y el protestantismo, que rechazaba el culto a la Virgen y a los Santos. En medio de esta situación aparecía la Orden ignaciana, que desde su fundación se había erigido en adalid de la Contrarreforma y aspiraba a reconquistar para el catolicismo los territorios que habían caído presa del luteranismo. De ahí que en la Europa Central las Congregaciones asumiesen, con más fuerza que en otros lugares, la defensa del honor de María frente a la herejía, convirtiéndose sus miembros en auténticos caballeros que luchaban por su restablecimiento glorioso como patrona de la sociedad cristiana. En este sentido, Louis Chatellier señalaba el significado que tuvo la multiplicación de Congregaciones marianas tras la victoria de Lepanto, atribuida a la intervención milagrosa de la Virgen⁹, y lo mismo en los países germánicos después de la batalla de Montaña Blanca, pues numerosas capillas y oratorios se dedicaron a Nuestra Señora de la Victoria, participando así dichas hermandades, a su manera, en la reconstrucción del Estado cristiano. Como dice el propio Chatellier, estas comunidades jesuíticas jugaron un papel fundamental en la génesis de un nuevo modelo de hombre cristiano que era capaz de defender la ortodoxia católica por encima de todo¹⁰.

⁷ A. BARRUFFO (S.I.), *L'apostolato dei laici nelle Congregazione Mariane in Civiltà Cattolica*, Roma, 1963 (III), 456-469.

⁸ L. MATEO, *Actitudes ante la muerte de la población de Sitges en los siglos XVI y XVII* in *La religiosidad popular. Vida y muerte: la imaginación religiosa, vol. II*. (C. ÁLVAREZ-M.C. BUXÓ-S. RODRÍGUEZ), Barcelona, 1989, 261-272.

⁹ L. CHATELLIER, *Les jésuites et la naissance d'un type: le dévot* in *Les jésuites parmi les hommes aux XVI et XVII siècles. Actes du Colloque de Clermont-Ferrand, avril 1985*. (G. DEMERSON- B. DOMPNIER- A. REGOND), Universidad de Clermont-Ferrand, 1985, 257-263.

¹⁰ L. CHATELLIER, *L'Origine d'une société catholique. Le rôle des Congrégations mariales aux XCI-XVIII siècles* in *Histoire, économie et société*, Paris, 3 (1984), 2, 203-220.

El P. Insolera¹¹ señalaba los elementos más característicos de la devoción mariana en estas Congregaciones:

- 1) El reconocimiento del patrocinio de la Virgen sobre la vida de cada congregante y de toda la hermandad.
- 2) La devoción a la Virgen, común e idéntica a la de la Iglesia y el pueblo cristiano, pero distinta en cuanto a fervor e intensidad.
- 3) La consagración total o perpetua del congregado a María era entendida como donación, no como voto, juramento o promesa.

El patrocinio de la Virgen

El P. Ferrusola resaltaba la importancia que tenía el patrocinio de la Virgen para los estudiantes que integraban estas comunidades: «De suerte que estos a la verdad hacen particular profesión de reconocerla como Madre; pero la Divina Señora se les aventaja incomparablemente en el cariño, y cuidado, conque los mira por hijos»¹². El amparo de la Santa Madre había librado a numerosos jóvenes de los riesgos de la vida, socorriéndolos en las necesidades temporales y los peligros del alma, así como en la hora de la muerte. Según el jesuita no faltaban ejemplos que lo demostrasen. Es así como relataba una serie de casos para instruir a los estudiantes de Cervera acerca de los beneficios que les proporcionaría su piedad hacia la Virgen.

En cuanto a los peligros de la vida, María había intervenido en numerosas ocasiones a favor de sus protegidos. Un congregante de Viena, en su camino hacia Hungría, fue asaltado en un solitario camino por muchos ladrones « parte Turcos, y parte Tártaros» quienes, tras robarle todo lo que tenía y dejarlo desnudo, querían llevárselo cautivo, pero entonces el joven invocó a María: «Es posible, dixo, Señora, que yo, que soy de vuestra Congregación, me haya de ver esclavo de estos infieles enemigos vuestros?» En esos momentos, un extraño terror infundió a los más de cincuenta ladrones que le acosaban y todos huyeron precipitadamente, dejando al joven libre. Un segundo caso, era el de un congregante de Alcalá que, tras volver a su casa «que era en lugar marítimo», quiso un día lanzarse a nadar al mar a pesar de los intentos por disuadirle de sus amigos, que veían el mar muy agitado. Tras hacer caso omiso de sus compañeros, no tardó en pasar grandes apuros y verse en gran peligro, momento en que suplicó a María que «ya que era de su Congregación, le favoreciera en aquel peligro tan desesperado». La respuesta a sus ruegos no se hizo esperar, y pronto apareció un niño con un fajo de cuerdas

¹¹ V. INSOLERA, *Appunti per uno Studio sulle Congregazioni Mariane*, Roma, 1955, 19.

¹² P. FERRUSOLA, *El Congregante...*, ed. cit., 33.

con las que sus amigos pudieron rescatarlo. Cuando quisieron devolver a aquel chico las cuerdas «había ya desaparecido, ni, aunque estaban en una playa muy despejada, pudieron verle, ni saber más de él; por lo qual entendieron, que había sido un Ángel, enviado de la que es Reyna de todos»¹³.

No existía «género de necesidad, o peligro temporal» en que, gracias al patrocinio de la Virgen, ésta hubiese socorrido milagrosamente a sus jóvenes congregantes: restituyendo la salud a los desahuciados por los médicos; otorgando a los más rudos «feliz memoria, y entendimiento para aprovechar en las letras»; o alcanzando bienes de fortuna para los más pobres.

Sin embargo, el P. Ferrusola destacaba, por encima de todos, los favores con que María los había auxiliado en las necesidades y peligros del alma. En Braganza, un excelente estudiante «distráido por compañías ruines» se dio a vivir licenciosamente, de tal manera que el resto no hacía caso ya de él «viéndole tan soez, y abatido». Una noche, percibiendo el desprecio que sufría, decidió marcharse de la ciudad, y al pasar cerca de un río «la instigación del demonio» le animó a pensar en echarse al mismo para ahogarse. Al llegar a la orilla, se acordó de la Santa Madre y la invocó con una breve oración: «Señora, yo, aunque tan perdido, soy de vuestra Congregación: tened misericordia de mi». Apenas hubo pronunciado estas palabras, se le apareció la propia Virgen para salvarlo. La maestría con que Ferrusola narra dicho encuentro no deja de ser conmovedora, y conviene reproducirla: «Apenas hubo pronunciado estas palabras, quando vio delante de sí una venerable, y hermosíssima Matrona, que mandándole seguir, se entró con él en el río; y luego sus aguas se detuvieron, de modo, que el joven a pie enjuto, y por una senda hermosa, que a él, como contaba después, le pareció de jaspe, pasó con su Conductora a la otra parte. Llegaron a ésta, le descubrió aquella Matrona quién era, que era la Madre de Dios, que, porque era Congregante suyo, y la había invocado, había baxado del Cielo a impedir su condenación; que mirara, y reconociera cómo todas sus desgracias le habían venido de haber dexado a su Santíssimo Hijo, y a ella; que por esto bolviera a los dos con una buena confesión; y practicando otra vez los ejercicios de Congregante, fuera agradecido a tan gran favor. Guióle después a una casa vecina, para que passara sin riesgo aquella noche; y desapareció». Ni que decir tiene que el estudiante pasó toda la noche llorando sus culpas y, al día siguiente, volvió a la ciudad y se confesó «con mucho sentimiento, y perseveró en adelante con grande ejemplo en la Congregación»¹⁴.

¹³ P. FERRUSOLA, *El Congregante...*, ed. cit., 34-36.

¹⁴ P. FERRUSOLA, *El Congregante...*, ed. cit., 38-40.

El alma de un congregante mexicano también estuvo en graves apuros cuando, tras dejar de frecuentar los ejercicios espirituales e inducido por «falsos, y pestilentes amigos» consintió en cometer «un pecado feo». Cuando todos juntos se disponían a poner en obra su mal designio, por una de las calles por las que pasaban se le apareció «un Varón grave, y majestuoso en el aspecto» que sólo vio dicho joven. Este señor le dio un golpe en el pecho y le dijo «Tú, que eres de la Congregación de María, te atreves a esta maldad?» Tras desaparecer quien, según el P. Ferrusola, era su Ángel de la Guarda, el chico cayó despavorido en tierra. Tras recuperarse quiso que los compañeros lo llevaran al Colegio de la Compañía, donde pudo confesarse, tras lo cual vivió en adelante «con gran pureza de conciencia»¹⁵.

Resulta muy curioso el caso de un estudiante de Mesina a quien el demonio, «envidioso, y zeloso» por la devoción del joven a María, le puso en el riesgo de perder su castidad procurando que una mujer se enamorase de él y «obró tanto con sus instigaciones, que un día encontrándose la desventurada a solas con el Estudiante desprevenido, le descubrió su llaga, y con cariños, y lágrimas lo solicitó fuertemente». El muchacho, a punto de caer en el pecado, logró invocar a la Virgen pues «estaba bien instruido de cómo en las tentaciones habíamos de acudir a Dios por medio de su Santísima Madre». Tras esto, el joven experimentó con gran rapidez la eficacia del patrocinio de María, pues la chica «compareció de repente a sus ojos exteriormente en el cuerpo, como era verdaderamente en su alma. Vióla tan transformada, y fea, que parecía una Furia salida del Infierno, con la cara horrible, y con serpientes en vez de cabellos, que se le enrosocaban por la cabeza, y cuello». Ante semejante visión, el congregante vio apagado su ardor de concupiscencia, reprendiendo a la muchacha por su atrevimiento¹⁶.

Finalmente, existía la historia de un congregante sevillano que había hurtado a la Congregación una pluma que, en reverencia a la Virgen, había sido realizada con hilo de oro y seda, de la que se servían los secretarios de la hermandad para llevar sus registros. El muchacho decidió mantener una «correspondencia poco honesta» con una mujer, con el agravante de «quererle escribir un billete con aquella pluma». Apenas comenzó a escribir, recibió un gran bofetón y oyó que la voz de María le recriminaba por abusar de una ofrenda dedicada a ella, por lo que pidió humildemente perdón a su protectora, y como prueba que no había sido imaginación lo que le había ocurrido «le quedó por muchos días amoratada la cara con las señales del bofetón»¹⁷.

¹⁵ P. FERRUSOLA, *El Congregante...*, ed. cit., 40-42.

¹⁶ P. FERRUSOLA, *El Congregante...*, ed. cit., 42-44.

¹⁷ P. FERRUSOLA, *El Congregante...*, ed. cit., 44-46.

Si estas intervenciones de la Madre Suprema eran destacables, mucho más trascendentales resultaban cuando tenían lugar en la hora de la muerte: «Porque de aquella hora, antes bien de un solo momento de ella depende la eternidad; y por otra parte son mayores en aquella hora los assaltos del demonio, y menores nuestras fuerzas para resistirle»¹⁸. No podemos olvidar la importancia que en esta época adquirió asegurarse una “buena muerte”, pues se consideraba que en esos momentos previos a la misma, Satanás intensificaba su actividad, y era necesario ayudar al enfermo a afrontar las turbaciones del espíritu con buenas palabras, leyéndole textos acerca del sufrimiento y muerte de Jesucristo, además de fortalecer su alma mediante la Confesión, la Comunión y la Extrema Unción¹⁹. Se generó así toda una literatura acerca de cómo asistir a los moribundos, siendo una obra capital el manual del P. Polanco, publicado en 1575, y tampoco resulta extraño que apareciesen algunas Congregaciones bajo la advocación de la “Buena Muerte”, como la creada a mediados del siglo XVII en la Casa Profesa de Roma. Pues bien, son muchos los casos en los que el P. Ferrusola cuenta la mediación de María para conseguir que sus congregantes pereciesen dignamente.

En Barcelona, un estudiante de la hermandad quedó postrado en la cama a causa de una gravísima enfermedad que le producía unos dolores terribles. Una noche se le apareció la Virgen, acompañada de Santa Eulalia y numerosos ángeles, quienes consolaron al afligido congregante quien «recreado con tan celestial visita, con grande tranquilidad, y alegría murió»²⁰. En Sigüenza otro hermano de la Congregación llevaba mucho tiempo enfermo, pero los médicos diferían mandarle dar el Viático pues pensaban que no existía peligro grave. Según cuenta el jesuita, una noche se le apareció María diciéndole «Tú, hijo mío, eres de mi Congregación, y yo no quiero que mueras sin Sacramentos: llama a tu Padre, y pide que te den luego el Viático, porque morirás esta noche». Y una vez que se hubo confesado y comulgado, murió en paz mientras adoraba una imagen de la Madre de Dios²¹. Otra intervención de la Virgen tuvo lugar en una ciudad alemana donde, tras declararse una enfermedad contagiosa, uno de los congregantes infectados suplicó el amparo de María en la hora de su incipiente muerte. Su protectora se le apareció con una hermosa tabla en la cual estaban escritos con letras de oro los nombres de muchos congregantes y, enseñándosela al enfermo «le hizo leer entre otros nombres el suyo; añadiéndole, que no temiese, porque sin duda se salvaría, y subiría presto a la gloria». Tan consolado quedó el chico que, al poco tiempo, murió «con quietud,

¹⁸ P. FERRUSOLA, *El Congregante...*, ed. cit., 46.

¹⁹ J.W. O'MALLEY, *I primi gesuiti*, Milán, 1999, 194-195.

²⁰ P. FERRUSOLA, *El Congregante...*, ed. cit., 47-48.

²¹ P. FERRUSOLA, *El Congregante...*, ed. cit., 49-51.

y alegría de predestinado»²². Por último, apunta lo ocurrido a un niño de Colonia, muy devoto de María, a quien una dolencia aguda lo acabó postrando. Un día la Virgen se le presentó con el Niño Jesús en brazos y junto con su Ángel de la Guarda, quienes le dijeron que «le venían a llamar, para que muy en breve subiera a morar juntamente con ellos al cielo». Tras pedir a su madre que llevara unas flores que tenía preparadas al altar de la Congregación, el niño expiró²³.

En otras ocasiones, las apariciones de la Divina Señora tenían por objeto reprender y castigar a quienes hacían poco aprecio de su hermandad. Por ejemplo visitó a un congregante que había comentado que ya no quería asistir a su Congregación por considerarla una «Junta de muchachos», y muy enojada le recriminó su soberbia, tras lo cual éste «bolvió sobre sí, y se enmendó»²⁴.

En definitiva, todos estos ejemplos tenían como finalidad convencer a los congregantes de los beneficios que les proporcionaría ser muy devotos de María, a la vez que servían para inculcarles la necesidad de llevar una vida moralmente ejemplar: huir de las malas compañías, mantener la castidad, frecuentar los Sacramentos etc...

La devoción del congregante a María

La mayor parte de las Congregaciones jesuíticas estaban fundadas bajo la advocación de la Virgen María. La primera de todas, la “*Prima Primaria*” adoptó el misterio de la Anunciación y, de acuerdo con la Bula *Omnipotentes Dei*, todas aquellas hermandades que quisieran agregarse deberían adoptar el mismo nombre²⁵. Sin embargo Sixto V permitió en 1587 que se erigiesen «con cualquiera otro Título e Invocación»²⁶, seguramente para no excluir de los privilegios de la agregación a aquéllas que tuviesen ya otros títulos, pues existían Congregaciones que no habían adoptado ninguna otra devoción de la Virgen, como por ejemplo la del Espíritu Santo de Gratz o la de Santa Bárbara de Viena. De esta manera nos podremos encontrar en adelante hermandades bajo distintas advocaciones (la Santísima Trinidad, la Buena Muerte...), aunque las más numerosas fueron las que

²² P. FERRUSOLA, *El Congregante...*, ed. cit., 51-53.

²³ P. FERRUSOLA, *El Congregante...*, ed. cit., 53-54.

²⁴ P. FERRUSOLA, *El Congregante...*, ed. cit., 56.

²⁵ *Letras apostólicas del Santísimo Padre, y señor nuestro, Benedicto por divina providencia Papa XIV, con las cuales de motu proprio con bula de oro se confirman y amplían las indulgencias, gracias y privilegios tanto concedidos por Su Santidad, como por sus predecesores a la Congregación de Nuestra Señora de la Anunciación en el Colegio Romano de la Compañía de Jesús y a las otras a ella agregadas, y que se le agregarán*. Barcelona, 1750, 5.

²⁶ *Letras apostólicas del Santísimo Padre...*, ed. cit., 9.

adoptaban alguno de los misterios de María: Concepción, Asunción, Ascensión, Visitación, Natividad...pues se consideraba de religiosa piedad «venerar especialmente a la Madre de Dios en todos sus misterios»²⁷. Sin embargo, hay que resaltar que en 1748, el Papa Benedicto XIV decretó que todas las Congregaciones que tuviesen como título patronal alguno distinto a la Virgen, estaban obligadas a tomar a María también como titular para que pudiesen gozar de los privilegios de la Prima Primaria²⁸.

La premisa que fundamentaba esta devoción por María quedaba claramente expresada en las reglas de la Congregación de la Natividad barcelonesa: «...su más noble timbre es la verdadera devoción de la Santísima Virgen, camino cierto de la Salvación»²⁹. En efecto, la Virgen se convertía en la principal vía para acceder a Dios y a la salvación del alma: «...María por ordenación Divina, como enseñan los Santos Padres, es nuestro camino único para ir a Jesús, y alcanzar todos los bienes; así como lo fue de Jesús para venir a nosotros, y merecernos»³⁰. Por eso, en todas las hermandades se insistía en la necesidad de venerarla, especialmente en el misterio bajo la advocación del cual se encontraba dicha comunidad: «...procuren con todo el estudio posible ser muy señalados en la devoción de nuestra Señora, muy particularmente del Misterio, que diere el Título a la Congregación»³¹.

Los congregantes debían reconocer a la Virgen como especialmente Madre suya, pues «verdaderamente lo es por singular beneficio de su Santísimo Hijo Jesús, y por su inefable dignación»³². En consecuencia se les instaba a que repitieran muchas veces la expresión: *Monstra te esse matrem, etc.* Como buenos hijos, sus devotos tenían que imitar las «virtudes heroicas de tal Madre», principalmente su caridad, su humildad, su modestia en los ojos y su pureza³³.

Según el P. Ferrusola, la verdadera devoción a María se componía de cuatro aspectos básicos que tenían que cultivar los hermanos de la Congregación. En primer lugar, gozarse mucho de sus excelencias, alabando, y dando gracias a Dios por ellas, así como amarla, obsequiarla, celar su honra y «procurar que todos le sean verdaderamente devotos»; el segundo aspecto consistía en abominar de toda

²⁷ P. FERRUSOLA, *El Congregante...*, ed. cit., 7.

²⁸ *Letras apostólicas del Santísimo Padre...*, ed. cit., 22.

²⁹ *Reglas y devociones de las Congregaciones fundadas en las casas y colegios de la Compañía de Jesús debaxo la protección de la Virgen María Nuestra Señora*. Barcelona, 1731, prólogo (s.n).

³⁰ P. FERRUSOLA, *El Congregante...*, ed. cit., 112.

³¹ *Reglas y devociones...*, ed. cit., 2.

³² P. FERRUSOLA, *El Congregante...*, ed. cit., 111.

³³ *Reglas y ejercicios de la Congregación de Estudiantes, baxo la protección de la Virgen María en su Anunciación; fundada con autoridad Apostólica en el Colegio de la Compañía de Jesús de Barcelona el año 1577*. Barcelona, 1728, Regla 4^o (s.n).

ocasión de pecado «de que ella se desagrada tanto»; Después de la vida y virtudes de Cristo, debían imitar las de la Virgen; y por último, invocarla frecuentemente, acudiendo a ella con mucha confianza en todas sus necesidades, esperando que «como amoríssima Madre les socorrerá cuando, y como les conviniere, en especial en la mayor de todas, que es la hora de la muerte»³⁴.

Por supuesto, María estaba presente diariamente entre los congregantes por medio de una serie de rezos y oraciones que se les prescribían. En reverencia al misterio titular de su Congregación, los miembros de la hermandad de Cervera tenían que rezar todos los días nueve Ave Marías a la Divina Madre «acompañando las alabanzas, que como a Reyna suya, y de todo lo criada, le dan sin cessar los nueve Coros de ángeles». Era conveniente que estas oraciones se ejercitasen al visitar a la Virgen en la iglesia y altar del instituto, poniéndose de rodillas y considerando con humildad que no sólo se encontraban ante la Madre de Dios, sino ante la suya propia³⁵.

Se les exigía que fuesen devotos de la Inmaculada Concepción de María, y su admirable Cúmulo de Gracia, pues dicha piedad es «la devoción de María, que más agrada a Dios, y a su Madre». Estos dos misterios se consideraban los pilares sobre los que se sostenía no sólo la dignidad de la Virgen y de todas sus demás excelencias, sino también «de todas las infinitas gracias de la Humanidad de su Santíssimo Hijo Jesús, y aún de todas las perfecciones de Dios»³⁶. Una serie de reglas se les señalaban para cumplir correctamente con esta devoción: ayunar cada año la víspera de la Concepción y comulgar en su fiesta «o en otro de su octava», amar mucho la castidad e invocar con regularidad a María Santísima.

En este sentido, conviene resaltar que este fervor mariano condujo a algunos devotos a concretar su promesa relativa a no tolerar nada contra el honor de la Virgen María en un compromiso de feroz defensa de dicha creencia en la Inmaculada Concepción, y no era raro que en privado algunos de ellos sellasen con su sangre este deber. Esta actuación proporcionó a los adversarios de la Compañía argumentos para criticar y ridiculizar dicha práctica, a la vez que se utilizó como elemento de carácter esotérico, asemejando la actuación de estas Congregaciones a la de perniciosas sectas o logias masónicas³⁷.

Era sumamente recomendable que los jóvenes congregantes, antes de ponerse a estudiar, suplicaran la bendición de Dios para aprovechar en las letras,

³⁴ P. FERRUSOLA, *El Congregante...*, ed. cit., 111.

³⁵ P. FERRUSOLA, *El Congregante...*, ed. cit., 315-316.

³⁶ P. FERRUSOLA, *El Congregante...*, ed. cit., 332.

³⁷ E. VILLARET (S.I.) *Cuatro siglos de apostolado seglar. Historia de las Congregaciones Marianas*. Bilbao, 1963, 38.

pero siempre rogándole dicha luz por intercesión de María, pues «la Soberana Señora, por los motivos, que insinúa la regla, como a Madre del Verbo Divino, y como a concebida en copiosísima gracia, toca singularísima, y altísimamente el Patrocinio de toda verdadera Sabiduría, y Elocuencia». Por lo tanto, antes de empezar su estudio, el joven debía santiguarse y orar siguiendo el siguiente esquema: primero una oración a Dios «para que nos ilumine», luego una deprecación a María Santísima «para que nos alcance luz del Señor» y, finalmente, el *Gloria Patri* «para ofrecer a mayor gloria de la Santísima Trinidad el trabajo, y obra buena de nuestro estudio». El P. Ferrusola apuntaba que era conveniente añadir el “Ave María” a la deprecación, y aseguraba que este guión lo podían aplicar también antes de cualquier función literaria que realizasen los congregantes, tales como argumentos, conclusiones, oraciones y razonamientos públicos³⁸.

Finalmente, señalar que la devoción mariana se completaba con ayunos los sábados y las vísperas de sus principales festividades; Confesándose y comulgando en el día del misterio titular de su Congregación y en el de la Concepción de la Virgen; rezando diariamente el Rosario o Corona de Nuestra Señora, al menos en su tercera parte; y teniendo en sus aposentos alguna imagen devota de la Madre de Dios.

La consagración a María

Uno de los elementos más característicos de la piedad a María en las hermandades jesuíticas era la denominada *Oblatio*, es decir, la entrega o consagración a la Virgen María por parte de los congregantes cuando eran admitidos en la Congregación. Se trataba de un acto de ofrecimiento que sellaba el pacto entre ellos y María, reconociéndola como «señora, patrona y abogada»³⁹. Según el P. Batllori consistía en un «acto vinculante en el cual algunos teólogos actuales han remarcado una trascendencia teológica y religiosa que va más allá de la simple práctica devocional»⁴⁰.

Existían dos fórmulas de consagración: una larga, llamada también de San Francisco de Sales, porque sería la que éste recitó al ingresar en 1580 en la Congregación de Clermont, y una breve, denominada de San Juan Berchmans por ser la pronunciada por este último en 1613 cuando fue admitido en la hermandad de Malinas. En ambos casos se trataba de una adaptación de los votos de los jesuitas al terminar su noviciado.

³⁸ P. FERRUSOLA, *El Congregante...*, ed. cit., 319-326.

³⁹ S. DE FIORES- S. MEO, *Nuevo diccionario...*, ed. cit., 480.

⁴⁰ M. BATLLORI (S.I.), *Ratio Studiorum. L'ordenació dels estudis dels jesuïtes*. Vic, 1999, LIX.

Según Villaret⁴¹ la fórmula más antigua sería la de San Juan Berchmans y habría sido elaborada por el P. Coster para los congregantes de Colonia en 1576, utilizándose luego en toda Europa Central, Bélgica y gran parte de Francia, caracterizándose por ser una formulación sobria, que se adaptaba al ambiente de las regiones septentrionales, y en la que se acentuaba la promesa de defensa del honor de la Virgen.

Esta era el acto de Consagración de San Juan Berchmans:

«Santa María, Madre de Dios y Virgen, yo...te elijo hoy por Señora, Patrona y Abogada mía. Propongo y prometo firmemente no abandonarte jamás, y no decir, ni hacer, ni permitir nunca a otros, algo que vaya contra tu honor. Recíbeme, por tanto, te lo suplico, como siervo perpetuo tuyo, asísteme en todas mis acciones y no me abandones en la hora de la muerte».

Frente a la anterior fórmula, tendríamos la utilizada en Roma mucho más tarde e inspirada en la anterior, que acabaría por formar parte integrante del rito de admisión desde 1671. En ella se insistía menos en ese carácter combativo, lo cual es lógico, pues se hacía sentir en menor medida la necesidad de un reclutamiento casi militar como ocurría en Centroeuropa. La fórmula de San Francisco de Sales era la siguiente:

«Santísima Virgen y Madre de Dios, María, yo...aunque indignísimo de estar a tu servicio, confiado sin embargo en tu admirable bondad y movido por el deseo de servirte, te escojo hoy, delante de mi ángel de la guarda y de todos los santos del cielo, como Señora, Abogada y Madre. Y tomo la firme resolución de permanecer siempre a tu servicio y hacer todo lo que de mí dependa, para que todos te sirvan con fidelidad. Por tanto, te suplico, piadosísima Madre, por la sangre de Jesucristo derramada por mí, que me recibas entre tus protegidos y por siervo tuyo para siempre. Asísteme en todas mis acciones y pensamientos, que nunca ofendan tu mirada ni la de tu santísimo Hijo. Acuérdate de mí y no me abandones en la hora de mi muerte»⁴².

Existen historiadores como el P. Aldama⁴³, que nos ofrecen una opinión bien distinta en cuanto a la antigüedad de los actos de consagración analizados. Según Aldama, la fórmula larga o de San Francisco de Sales sería la más antigua, seguramente elaborada por el fundador de las Congregaciones Marianas, Jean

⁴¹ E. VILLARET (S.I.), *Cuatro siglos...*, ed. cit., 33-34.

⁴² E. VILLARET (S.I.), *Cuatro siglos...*, ed. cit., 33-34.

⁴³ J. A. DE ALDAMA, *Notas históricas sobre las dos antiguas fórmulas de consagración a Nuestra Señora en las Congregaciones Marianas* in *Archivum Historicum Societatis Iesu*, Roma, 31 (1962), 153-163.

Leunis, hacia 1564. Por tanto, el P. Coster redactaría la versión breve valiéndose de la anterior y adaptándola a las circunstancias de los territorios centroeuropeos.

Pero éstas no fueron las únicas fórmulas recitadas en las hermandades. A nuestro juicio, existieron muchas otras, como resultado de la adaptación en otros países de las anteriores y de su adecuación a la calidad de sus congregantes. Por ejemplo, en la Congregación de la Natividad de Barcelona, se mencionaba de forma explícita la defensa de la Inmaculada Concepción al obligarse el devoto a «...confesar, y defender, quanto me fuere possible, vuestra Concepción en Gracia, desde el primer instante de vuestro felicísimo Ser»⁴⁴. En el caso de la hermandad de estudiantes del Colegio de Belén de la misma ciudad, se mencionaba la salvaguarda de la castidad, así como la protección futura de María hacia los jóvenes: «...Y me encamineys a que en el estado presente, y en el que huviere de elegir, haga aquello que a vuestro hijo ha de ser más agradable, y a mí más provechoso...». Además, se hacía hincapié en el deber de procurar extender dicha devoción: «...y para esto cumplir con las reglas, estatutos, consejos, y loables costumbres de vuestra Congregación; y procurar con otros que acudan a gozar en ella vuestros favores, y bendición»⁴⁵. Por otro lado, en la fórmula de la Congregación de estudiantes de Cervera se aludía directamente tanto al misterio titular de la misma como a su particular patrono⁴⁶.

II. Otros rasgos de la espiritualidad de las congregaciones

Hemos visto que la devoción mariana era concebida como el verdadero camino hacia Jesucristo, sin embargo para alcanzar la perfección cristiana los congregantes tenían que cumplir con toda una serie de preceptos religiosos. Estas obligaciones se ajustaban a las directrices espirituales marcadas por la Contrarreforma: frecuencia de los Sacramentos, oración mental, examen de conciencia, asistencia a misa, lectura de libros espirituales, numerosas devociones y obras de misericordia⁴⁷. Se trataba de una espiritualidad que partía de considerar fundamentales las prácticas religiosas internas, pero que concedía a las obras

⁴⁴ *Reglas y devociones...*, ed. cit., 162.

⁴⁵ *Reglas y ejercicios...*, ed. cit., *Oración que se dize, quando alguno se admite en la Congregación, y es bien repetirla con devoción cada mañana* s.n.

⁴⁶ P. FERRUSOLA, *El Congregante...*, ed. cit., 90.

⁴⁷ Las obras de misericordia consistían en visitar cárceles, hospitales, enseñar doctrina, obras de pacificación etc...En este trabajo no vamos a entrar a desarrollar estos aspectos pues ya los hemos tratado en F. J. MARTÍNEZ, *Las Congregaciones Marianas de la Compañía de Jesús y su contribución a la práctica de la caridad* (ss. XVI-XVIII) in *Revista de Historia Moderna. Anales de la Universidad de Alicante*, 21 (2003), 211-238.

externas un papel cada vez más relevante en tanto que ejemplarizantes. Este tipo de prácticas, alentadas por la posibilidad de conseguir numerosas indulgencias, impregnaba profundamente la vida diaria del congregante desde el momento en que se levantaba hasta por la noche.

Ofrecimiento diario y devociones varias

Todos los miembros de las hermandades debían tener prudentemente determinada la hora de levantarse cada día, y era conveniente que fuese siempre la misma, por lo menos en cada estación del año. Además se recomendaba madrugar a los jóvenes estudiantes: «Y aprecie mucho el habituarse desde joven a dexar la cama muy de mañana; pues assí conviene para la salud del cuerpo, para la del alma, para el aprovechamiento en el estudio, y para la expedición de los negocios». Nada más despertarse, era oportuno que el congregante ejercitase alguna devoción como el *Gloria Patri* con el fin de evitar que el demonio «tome posesión de él con alguna tentación» en esos delicados momentos en que se suponía tan vigilante al diablo.

Después de persignarse y santiguarse, tenían que comenzar a ponerse la ropa «con el debido recato» al tiempo que recitaban el himno del *Te Deum* o el Credo, y seis Padre nuestros, y seis Ave Marías con una Salve⁴⁸. Las reglas de los estudiantes de Barcelona eran menos rigurosas en este sentido: «Por la mañana, quando se levantan, han de dar gracias a Dios, por los beneficios generales, y particulares; rezando tres vezes el Padre nuestro, y tres el Ave María en honra de la Santíssima Trinidad, encomendándose a la Virgen Santíssima, al Ángel de la Guarda, y al Santo de su nombre»⁴⁹.

Una vez «decentemente» vestido, el hermano debía tomar agua bendita «que debe procurar tener en su cuarto» y, volviéndose a persignar y santiguar, arrodillado ante una imagen de Cristo o de la Virgen, tenía que decir el Ofrecimiento, compuesto de tres partes: reconocimiento, oblación y petición. Se trataba de «... una muy reconocida, y universal entrega de nosotros mismos a Dios, por sus perfecciones y beneficios, recurriendo juntamente para el remedio de nuestra flaqueza a su infinita Misericordia»⁵⁰.

De esta manera, los devotos cumplían con el ejercicio de la continua presencia de Dios en su vida diaria. No sólo era necesario tenerlo presente por las mañanas sino en todo momento, tal y como recomendaban las reglas de la

⁴⁸ P. FERRUSOLA, *El Congregante...*, ed. cit., 132-133.

⁴⁹ *Reglas y ejercicios...*, ed. cit., Regla 10^a s.n.

⁵⁰ P. FERRUSOLA, *El Congregante...*, ed. cit., 135-136.

Congregación de la Anunciación de Barcelona: «...y también entre día procuren levantar frecuentemente el pensamiento, y corazón a Dios, mrándole con viva fee, como presente en todas sus acciones; y se las ofrezcan, pidiéndole el acierto, y recurriendo en todo a su Divina majestad»⁵¹. De acuerdo con esta idea, tenían que santiguarse antes de empezar alguna obra notable y dar gracias a Dios después de las comidas.

Otras oraciones diversas venían a complementar las prácticas anteriores: rezar al Ángel de la Guarda, al Santo del nombre del congregante, a los Santos de cada día y «al Santo que le hubiere cabido por suerte en aquel año, o mes»⁵². También se les exigía una especial piedad por el Santo que actuaba como particular patrono de su Congregación, orando en su honra «Un Padre nuestro, y una Ave María». Otras devociones les permitían alcanzar algunas indulgencias: «También cada día procuren ganar las muchas indulgencias de la Congregación, rezando los siete Padre nuestros, y Ave Marías por la Iglesia Católica, o hazer las estaciones de la Bula de la Cruzada, visitando los cinco Altares...»⁵³.

La oración mental y la lectura de libros espirituales

La oración mental era uno de los deberes fundamentales de todos los congregantes. Según el P. Ferrusola, se trataba de un ejercicio de las tres potencias del alma compuesto de tres fases: la de considerar, es decir, traer a la memoria alguna verdad sagrada; la de ponderar, o sea, discurrir con el entendimiento sobre dicha verdad «a fin de mover la voluntad a buenos afectos»; y por último la de sacar afectos, consistente en mover la voluntad a esos buenos afectos. La mayor parte del tiempo debía dedicarse precisamente a la tercera fase que hemos señalado porque en ella iba «el fruto de la Oración»⁵⁴.

Existían dos formas de realizar este tipo de rezo: en común en el oratorio de la propia hermandad, o bien individualmente cada miembro de ella. El momento ideal para ejercitar la oración mental era por la mañana, después del Ofrecimiento «que es lo mejor; o en otra hora». En este sentido, las normas de la Congregación de la Natividad de Barcelona permitían a sus miembros realizarla en otros momentos: «Y si alguno no pudiere hazerlo a la mañana, lo hará más tarde, antes de la cena, o en otro tiempo, que le será mas cómodo»⁵⁵.

⁵¹ *Reglas y ejercicios...*, ed. cit., Regla 10ª s.n.

⁵² P. FERRUSOLA, *El Congregante...*, ed. cit., 120.

⁵³ *Reglas y ejercicios...*, ed. cit., Regla 9ª s.n.

⁵⁴ P. FERRUSOLA, *El Congregante...*, ed. cit., 150-151.

⁵⁵ *Reglas y devociones...*, ed. cit., 9.

A los estudiantes de la Anunciación de la ciudad condal se les indicaba que la duración de la misma tenía que ser por lo menos un cuarto de hora, leyendo primero algún libro espiritual «a lo menos los días de Fiesta, y de Comunión»⁵⁶. Para llevar acabo la plegaria era conveniente tomar algún punto de la vida o pasión de Cristo «principalmente según el orden de los Misterios del Rosario», valiéndose de libros devotos o de meditaciones, y con la necesaria dirección y ayuda del Padre de la Congregación o de su Padre espiritual. De esta manera se garantizaba la obtención de un mayor provecho en sus oraciones⁵⁷.

Conviene resaltar la recomendación de llevar a cabo esta práctica «en el puesto más devoto, o retirado que pueda»⁵⁸. No es extraño que podamos encontrar ciertas influencias de la mística del recogimiento en este sentido, pues dicha espiritualidad la habían abrazado los jesuitas por medio de personajes como Baltasar Álvarez o Álvarez de Paz. Sin embargo, las medidas decretadas por el General Aquaviva a finales del siglo XVI procuraron alejar a la Compañía de las exageraciones de carácter contemplativo a que podía conducir este tipo de oración⁵⁹.

La manera de llevar a cabo esta devoción era la que exponemos a continuación. Lo primero, se tenían que persignar y santiguar, haciendo una profunda reverencia a la Divina Majestad y realizando lo que se denominaba una «composición de lugar», es decir, imaginar que se encontraban ante «los lugares, personas y cosas concernientes a la materia de la Meditación»⁶⁰. Después convenía rezar una oración preparatoria, y a continuación pasar a considerar, ponderar y sacar píos afectos «ya de compasión; ya de amor; ya de temor; ya de humildad; ya de zelo, y caridad; ya de compunción de sus pecados; ya de propósitos de jamás ofender a Dios; ya de imitación de la Virtudes de Christo, de su Madre, y de sus Santos; ya de confusión, y otros semejantes». Al final de la oración, y durante ella, el congregante podía hacer algún coloquio «como quien habla íntima,

⁵⁶ *Reglas y ejercicios*, ed. cit., Regla 9ª s.n. Los libros de devoción o espirituales más frecuentes eran: *El libro de la oración y meditación* de Fray Luis de Granada; le seguirán *Libros de Horas, Oficio parvo, Hortulus animae, Via Crucis, Meditaciones*, de Luis de la Puente y otros de Alonso Andrade como *Misterios de la Pasión (Adoración de las Cinco Llagas)* o *Arte de bien orar*: G. BARTOLOMÉ, *El libro, la imprenta, las bibliotecas in Historia de la acción educadora de la Iglesia* (B. BARTOLOMÉ MARTÍNEZ), Madrid, 1996, 907.

⁵⁷ *Reglas y devociones*, ed. cit., 8-9.

⁵⁸ P. FERRUSOLA, *El Congregante...*, ed. cit., 151.

⁵⁹ R. GARCÍA VILLOSLADA, *Historia de la Iglesia en España. La Iglesia en la España de los siglos XV y XVI (Vol. III)*, Madrid, 1980, 333-356. Para estudiar la incidencia de la mística en la Orden ignaciana y en otras: M. ANDRÉS, *Los recogidos. Nueva visión de la mística española (1500-1700)*, Madrid, 1976, 392-777.

⁶⁰ *Reglas y devociones...*, ed. cit., 196.

y familiarmente; ya con Christo; ya con la Virgen; ya con la Santísima Trinidad; o con alguna de las tres Personas...». Finalmente, se solía concluir con un Ave María o con un Padre nuestro según el último coloquio hubiese sido realizado con la Virgen o con Dios respectivamente⁶¹.

Para llevar a cabo esta rogativa mental el P. Ferrusola afirmaba que cada congregante podía tomar las meditaciones del autor que más gustase para llevar a efecto; ahora bien, proponía como muy provechosas cinco meditaciones realizadas con el método de los Ejercicios de San Ignacio. Estas reflexiones eran las siguientes: Del Fin del Hombre, Del Pecado Mortal, Del Pecado Venial, De la Muerte y De la Imitación de Cristo, de María Santísima y de los Santos, cada una dividida a su vez en cuatro puntos de meditación. Los integrantes de la Congregación podían valerse de ellas de muchas formas: «o bien tomando para cada día diferente punto; o bien deteniéndose muchos días en un punto. Pero bueno será por lo común, que de tres en tres días lo mude. Acabados por su orden los puntos de las cinco Meditaciones, buelva a empezar»⁶². También se apuntaba la utilidad de tomar para meditar las propias reglas de la Congregación cada medio año, reservando un día para cada una de ellas.

El examen de conciencia, la misa y las mortificaciones.

Cada noche, antes de irse a dormir, era imprescindible realizar el examen de conciencia «a lo menos por espacio de medio cuarto». Se valoraba muy notablemente esta práctica, al considerarla un eficaz medio para «ir desarraigando vicios, y plantando virtudes en nuestra alma, y para alcanzar la perfección»⁶³.

El examen de conciencia constaba de cinco puntos que debían seguir rigurosamente los devotos. Primero, arrodillados ante una imagen de Cristo o de la Virgen, daban gracias a Dios por los beneficios otorgados; después imploraban su gracia para conocer las faltas o pecados que hubiesen cometido durante ese día y arrepentirse de ellas; en tercer lugar, debían examinar dignamente esas faltas; a continuación arrepentirse de ellas y, finalmente, proponer la enmienda. Una vez terminado dicho examen, los congregantes ya podían comenzar a desvestirse con recato rezando entre tanto las letanías de la Virgen o bien otras oraciones vocales⁶⁴.

⁶¹ *Reglas y devociones...*, ed. cit., 198-199.

⁶² P. FERRUSOLA, *El Congregante...*, ed. cit., 153-154.

⁶³ P. FERRUSOLA, *El Congregante...*, ed. cit., 347.

⁶⁴ P. FERRUSOLA, *El Congregante...*, ed. cit., 347-353.

Por supuesto, existía la obligación de ir a misa diariamente, y escucharla con gran reverencia «y así procure tenerla grande, interior, y exterior; Permaneciendo, si puede, de rodillas, y sin arrimarse, hasta que el Sacerdote se haya retirado a la Sacristía». Además, su comportamiento en la iglesia tenía que ser correctísimo: el silencio, la devoción y mantener la debida compostura debían caracterizar la actitud del congregante durante la ceremonia. Así lo expresa el P. Ferrusola: «... haga mucho escrúpulo, de estarse allí hablando con otro, o mirando con libertad; antes guarde el mayor silencio que pueda, y esté con compostura devota; bien que sin torcer el cuello, ni otras exterioridades afectadas»⁶⁵.

La práctica de escuchar misa tenía que ajustarse también a unas normas elementales: persignarse y santiguarse con devoción antes de comenzar y después seguir el ritmo de la celebración con oraciones acomodadas «ofreciendo con el Sacerdote este sacrificio, meditando, y haciendo en cuanto buenamente pudiéremos, lo mismo, que más especialmente él representa, y hace»⁶⁶. Los miembros de la hermandad también intentarían servirla, porque el mérito y la honra conseguidos por esta acción eran tales que «lo hacen con una santa ambición muchos». Si los hermanos tenían algún problema que les impedía asistir al sacrificio «en días que no son de obligación» podían sustituirlo con alguna particular devoción⁶⁷.

Aparte de la asistencia a misa, el congregante tenía que frecuentar los lugares píos y los sermones, tan importantes los últimos en una sociedad como la moderna, en la que llegaron a convertirse en los instrumentos didácticos más relevantes de la Contrarreforma.

Una de las características de la espiritualidad posttridentina era la búsqueda de la imitación de Cristo a través de la mortificación del propio cuerpo rememorando la Pasión, como medio para alcanzar la purificación y la salvación. En este sentido, se instaba a los congregantes a que, de vez en cuando, tomaran alguna mortificación. Las reglas de los estudiantes de Barcelona alentaban a tener señalado para cada semana algún ejercicio de penitencia, como tener disciplina o llevar cilicio los viernes, en memoria de la Pasión de Cristo, o ayunar los sábados y las vísperas de sus principales festividades en reverencia de María. Aunque no eran prácticas obligatorias, se les advertía a los integrantes de estos institutos que «ganarán mucho; y agradecerán a Dios nuestro Señor»⁶⁸.

⁶⁵ P. FERRUSOLA, *El Congregante...*, ed. cit., 245-246.

⁶⁶ P. FERRUSOLA, *El Congregante...*, ed. cit., 225.

⁶⁷ *Reglas y devociones...*, ed. cit., 9-10.

⁶⁸ *Reglas y ejercicios*, ed. cit., Regla 7ª s.n.

La frecuencia de los Sacramentos: Penitencia y Eucaristía

La práctica frecuente de la Confesión y la Comunión se convirtieron en uno de los elementos más característicos de la espiritualidad de las Congregaciones jesuíticas. El P. Beguiriztain nos ofrecía una interesante explicación del vínculo de estas hermandades con estos sacramentos:

«¿ Y cómo nos encaminaremos más derechamente a Jesús y cómo nos uniremos más íntimamente con el mismo Jesús, que acudiendo con frecuencia a la Sagrada Mesa, donde el alma se une con Jesús con una unión tan íntima y real que sólo es inferior a la unión hypostática y a la que tuvo la carne de María con la de su Divino Hijo, que se dignó hacerse hombre en sus purísimas entrañas? Por eso, las Congregaciones Marianas, que se distinguieron desde su origen por su especial devoción a María Santísima, fueron sobremanera amantes de Jesús Sacramentado»⁶⁹.

En la misma línea se expresaba el P. Ferrusola, para quien estos sacramentos eran los principales instrumentos mediante los que Cristo purificaba y perfeccionaba su Iglesia, comunicando al cristiano los frutos de su pasión y muerte, perdonándole los pecados y obsequiándole con sus gracias. Por lo tanto, ambas prácticas eran imprescindibles para lograr la salvación: «Ni hay mayor preservativo contra el pecado, y la eterna condenación, ni medio más eficaz para asegurar el salvarnos, y crecer en toda virtud, que la frecuencia de estos Sacramentos»⁷⁰.

El jesuita catalán ofrecía a los jóvenes congregantes las directrices necesarias para realizar una buena confesión, que consistían en la observancia de cinco puntos: examen, dolor, propósito, confesión y satisfacción. El examen era una reflexión acerca de la especie y número de los pecados; el dolor significaba un aborrecimiento de los mismos; el propósito suponía una resolución verdadera de nunca jamás pecar con ningún pecado mortal; la confesión era la declaración al padre confesor del tipo y número de los pecados; en último lugar, la declaración consistía en el cumplimiento de la penitencia impuesta por el confesor. De la misma manera, llamaba la atención sobre la oportunidad de una confesión general para aquellos que dudaban sobre la validez de sus confesiones pasadas⁷¹. En cuanto a la Comunión, Ferrusola explicaba la obligación de recibirla habiendo ayunado, y encontrándose limpios de cualquier tipo de pecados⁷².

⁶⁹ J. BEGUIRIZTAIN (S.I.), *La Comunión frecuente y diaria y las Congregaciones Marianas*, Madrid, 1909, 5-6.

⁷⁰ P. FERRUSOLA, *El Congregante...*, ed. cit., 247.

⁷¹ P. FERRUSOLA, *El Congregante...*, ed. cit., 249-276.

⁷² P. FERRUSOLA, *El Congregante...*, ed. cit., 281-282.

No podemos olvidar que la promoción de la Confesión y de la Comunión fue uno de los elementos clave utilizados por la Reforma Católica en su esfuerzo por aplacar el temor y la angustia generados entre los cristianos acerca de la salvación, en tanto que constitufan un «medio seguro» para lograr dicho fin y aportaban un gran alivio al pecador⁷³. Desde Trento se exhortaba a la Comunión frecuente de los fieles, aunque no se especificaba la asiduidad con que debía practicarse.

Con el fin de alcanzar la perfección espiritual, la Compañía de Jesús favoreció la frecuencia de la Penitencia y la Eucaristía, y las defendió por medio de las obras de Alfonso Salmerón, Andrés de Oviedo o Cristóforo de Madrid⁷⁴. Como contrapartida, los sectores más rigoristas acusaron a la Orden ignaciana de promover una moral relajada debido a la indulgencia que demostraban en la administración de tales sacramentos.

Las reglas de la Congregación de la Natividad de Barcelona exigían a los aspirantes para entrar en ella que hiciesen una confesión general de toda su vida « Y si huviere hecho Confesión general, la podrá hacer de sólo el tiempo, que hizo la última Confesión general»⁷⁵. Después, cada miembro del instituto barcelonés se debía confesar al menos una vez al mes, y recibir la comunión en el oratorio «en todas las Fiestas de nuestro Señor, y nuestra Señora, u en otras, que fueren de Regla». De la misma manera, los estudiantes de la hermandad de la Anunciación de dicha ciudad observaban esta regla «de quinze, en quinze días, o a lo menos una vez cada mes, en el día que será señalado por el Padre Prefecto»⁷⁶.

En el caso de la Congregación de estudiantes de Cervera, tenían que confesarse y comulgar cada año en el día del misterio titular de la hermandad, en el día de la Concepción de María, así como «cada mes en alguna fiesta, o día, que tendrán determinado», pudiendo añadir otras comuniones «principalmente en las festividades mayores de Christo, y de su Santísima Madre, del Santo de su nombre, del Santo particular Patrono de la Congregación, y otras, con aprobación de su Confesor»⁷⁷.

También sabemos que en la Congregación de la Anunciata del Colegio de Málaga se instaba, a aquellos que ocupaban algún cargo dentro de la misma, a que

⁷³ J. DELUMEAU, *La confesión y el perdón*, Madrid, 1992, 38.

⁷⁴ J. W. O'MALLEY, *I primi gesuiti...*, ed. cit., 170-171.

⁷⁵ *Reglas y devociones...*, ed. cit., 7.

⁷⁶ *Reglas y ejercicios...*, ed. cit., Regla 2ª s.n.

⁷⁷ P. FERRUSOLA, *El Congregante*, ed. cit., 114-115.

comulgasen más a menudo⁷⁸. Y los congregantes del Colegio Imperial de Madrid, para dar solemnidad a la Comunión general «iban en procesión y se acercaban a la mesa en una capilla u oratorio con cirios encendidos en las manos»⁷⁹. Además, en 1648 se creaba en la Casa Profesa de Roma una Congregación de la Buena Muerte, cuyo objetivo era precisamente la promoción de la Comunión, pues la administración de dicho sacramento había sido considerada por el P. Giovanni Manni como uno de los elementos esenciales para tener una correcta muerte como cristiano⁸⁰.

Por último, indicar la importancia que se daba a las Comuniones generales. La Congregación de la Natividad tenía establecidas quince a lo largo del año, que se celebraban los días de: Reyes, Purificación, Anunciación, San Jorge, San Felipe, San Pedro, Santiago, Asunción, Fiesta del Rosario de Nuestra Señora, Todos los Santos, Concepción, Ascensión, Espíritu Santo y Domingo de Carnestolendas y el día de la Fiesta Titular de la hermandad. También cuando moría algún miembro del instituto se le aplicaba una Comunión general. Las Comuniones de Carnestolendas y del día de la fiesta titular eran públicas en la iglesia, mientras que el resto se realizaban privadamente en el oratorio de la hermandad. Los sacristanes correspondientes se encargaban de disponer todo lo necesario para esos días, preparando «el Oratorio, y el Altar muy decentemente». El acto era amenizado con música «de cuerdas, y de voces», y se celebraba con gran solemnidad: «Y todos con luces vienen a comulgar de dos en dos»⁸¹.

A la vista de lo expuesto, podemos concluir que las Congregaciones jesuíticas ofrecían a sus integrantes un auténtico modelo de vida cristiana encaminado a conseguir el principal objetivo al que aspiraba cualquier miembro de una sociedad tan sacralizada como la del Antiguo Régimen: la salvación. El camino que se les proponía no era cómodo, pues a las ocupaciones cotidianas debían añadir un asfixiante programa de obligaciones piadosas que impregnaban la vida diaria de los congregantes. En este sentido, la devoción a María constituía la piedra angular de una espiritualidad que se completaba con todo un conjunto de prácticas religiosas

⁷⁸ W. SOTO ARTUÑEDO (S.I.), *Estrategias apostólicas de los jesuitas en la Málaga Moderna: las misiones populares y las congregaciones de laicos* in *Archivo Teológico Granadino*, Granada, 65 (2002), 71-128.

⁷⁹ J. BEGUIRIZTAIN (S.I.), *La Comunión...*, ed. cit., 12.

⁸⁰ M. W. MAHER (S.I.), *How the jesuits used their Congregations to promote frequent Communion in Confraternities and Catholic Reform in Italy, France and Spain* (J. P. DONNELLY- M.W. MAHER), 1998, 92.

⁸¹ *Reglas y devociones...*, ed. cit., 178-183.

que habían sido ratificadas por los postulados tridentinos. De esta manera, la Compañía de Jesús encontró en las hermandades un mecanismo privilegiado para adoctrinar a la sociedad de acuerdo con los preceptos contrarreformistas.

Francisco Javier Martínez Naranjo

Abstract:

The majority of Congregations patronized by the Company of Jesus in Early Modern Europe were characterized by their marian nature. In this paper we analyze the main features of the devotion to Virgin Mary which was developed by these marian Congregations, as well as other aspects related to their spirituality.